

EL PRECIO DE UNA DEVALUACION

JACQUES MORNAND

La devaluación del dólar ha figurado en el centro de las conversaciones Pompidou-Brandt, celebradas en el Elíseo; constituyen también el tema principal de la reunión Nixon-Pompidou, que tendrá lugar en las Azores los días 13 y 14 de diciembre, y será posteriormente estudiada por los «Diez», en Washington, el 18 y 19.

¿Cuál puede ser el alcance de esta devaluación y de las revaluaciones en cadena que sufrirán las restantes monedas mundiales? ¿Qué precio habrán de pagar los aliados de los Estados Unidos a cambio de la parcial concesión que consiguieron arrancarles durante la reunión de los ministros de Hacienda y gobernadores de Bancos centrales celebrada recientemente?

Bajo los frescos y dorados del palacio Orsini, donde se desarrollaron las sesiones de los «Diez», los días 30 de noviembre y 1 de diciembre, John Connally, secretario del Tesoro norteamericano, se vistió con piel de cordero. Retrajo las zarpas que había mostrado en anteriores reuniones monetarias internacionales. Gracias a este cambio de actitud, las negociaciones han podido seguir adelante. Así, en el transcurso de las próximas semanas asistiremos a un acuerdo por el que se

modificarán las cotizaciones de las principales divisas mundiales, comprendido el dólar: se sentarán las bases para una reforma total del sistema financiero planetario, hasta ahora cimentado en los acuerdos de Bretton Woods de 1944.

Sin embargo, este cambio no se ha de producir sin dolor. Las discusiones de los próximos días prometen ser, en este sentido,

muy acaloradas. Por otro lado, y como quiera que la especulación contra el dólar está cobrando ya proporciones realmente alarmantes, podría suscitarse una brutal crisis económica que de seguro obligaría a los responsables occidentales a llevar a cabo «en caliente» el reajuste de las paridades, que ellos desean, sin embargo, efectuar «en frío».

Pero, salvo algún accidente que

pueda precipitar la reunión, los «Diez» celebrarán conversaciones en Washington los días 18 y 19 de diciembre. Ese fin de semana anterior a la Navidad podría ser, pues, decisivo para el futuro económico del mundo.

El deshielo últimamente producido en las negociaciones monetarias es consecuencia de un cambio de postura por parte de los americanos. En la agitada reunión del Fondo Monetario Internacional, celebrada el pasado mes de octubre, John Connally seguía aún expresándose en términos de ultimátum. Se atenía a las decisiones del Presidente Nixon del 15 de agosto. Rechazaba cualquier negociación sobre la no-convertibilidad o la devaluación del dólar. Evocaba una hipotética supresión del impuesto norteamericano del 10 por 100 sobre las importaciones, pero exigiendo como contrapartida una inmediata e importante re-evaluación de todas las divisas no americanas. No aceptaba compromisos.

En Roma, después de veinticuatro horas de forcejeo, encaminado a salvar el honor, el cambio de tono fue notorio. En dichas negociaciones, de las que habían sido previamente excluidos todos los expertos, y en las que sólo participaban los ministros de Ha-



CONNALLY EL BRAZO DERECHO DE NIXON

Un hombre de cincuenta y cuatro años, de carácter colérico, tiene en sus manos las riendas de la economía mundial. Un hombre que en diciembre de 1970 no era aún más que un inteligente político tejano, y que hoy, sin embargo, está a la cabeza del Ministerio de Hacienda del republicano Richard Nixon.

Seductor y distinguido, pero que sabe ser campechano llegado el caso, John Connally ha conocido un destino ejemplar. Este americano alto y guapo sólo podía casarse con una guapa americana: una reina de la belleza. Naturalmente, tenía que nacer pobre para llegar a rico. Era también lógico que tras terminar sus estudios de Derecho este hijo de pequeño granjero tejano, encontrase unos protectores influyentes. Así se convirtió en ayudante de Lyndon Johnson, pri-

mero, y luego en apoderado de un riquísimo petrolero tejano. De golpe, John Connally se vio «condenado» a la política.

Connally es un hombre que cree en las virtudes del orden, del trabajo y de la disciplina. Se le atribuye también esa insaciable curiosidad que distingue a los grandes hombres, como se admira su modestia que le llevó a confesar en cierta ocasión: «No soy lo suficientemente culto como para entender mucho de astronomía, pero sé un poco de todo».

Tiene fama de poseer una memoria realmente prodigiosa y un cerebro que funciona como un ordenador. Interrogado ante una comisión senatorial sobre el número de municipios con menos de 2.500 habitantes, Connally respondió sin titubear que 27.605.

Connally escapó milagrosamente

EL PRECIO DE UNA DEVALUACION

cienda y los gobernadores de los Bancos centrales, los norteamericanos aceptaron, por primera vez, discutir todo lo que estaba en litigio, partiendo, sin embargo, de posiciones muy duras. En la primera reunión del palacio Orsini, el subsecretario del Tesoro, Volcker, adjunto de John Connally, presentó un memorándum que recogía con gran fidelidad las intransigentes tesis anteriormente sustentadas por Washington. Después, ante la unánime oposición de los otros nueve negociadores, John Connally fue soltando lastre. Aunque sin llegar a aceptar el principio de una devaluación del dólar, Connally concedió que se plantease esta cuestión como «hipótesis de trabajo», sobre cuya base se examinaría toda la gama de re-evaluaciones de las monedas de los «Diez».

A pesar de esta importante concesión, las exigencias de Washington superan las previsiones más pesimistas de sus aliados. Con respecto a la cotización actual del dólar, Washington exige re-evaluaciones de gran alcance: + 20 por ciento para el yen japonés, + 15 por 100 para el marco, + 7 por 100 hasta el 10 por 100 para el franco, la libra esterlina, la lira, etcétera; el propio dólar sufriría una devaluación comprendida entre el 8 y el 10 por 100. Estos índices de re-evaluación son superiores en un 50 hasta un 100 por 100, según los casos, a los que se practican actualmente en los mercados libres. Superan, además, en mucho a las propuestas formuladas por el director del Fondo Monetario Internacional, señor Schweitzer, a principios del otoño. Pero tampoco es seguro que, de ser aplicados, estos índices fueran a restablecer la balanza de pagos norteamericana. Afectarían, eso sí, gravemente a las exportaciones de los países interesados, ya que el precio de las mercancías vendidas en el extranjero aumentaría en proporción exacta al índice de revaluación. Esta caída de las exportaciones repercutiría de forma inmediata en la actividad industrial, reduciría los índices de crecimiento y fomentaría el paro obrero. Tal peligro amenaza directamente al Japón y a Alemania, primeros países exportadores del mundo. Pero también, en su medida, a Francia, Gran Bretaña e Italia, países que dependen, en lo que a su expansión se refiere, del desarrollo de sus exportaciones. El problema no consiste solamente en la devaluación del dólar, sino en la relación entre su valor futuro y el de las demás monedas. Si Washington lleva a cabo una fuerte devaluación, los demás países se verán también obligados a devaluar, pero en menor grado.

Aparte de la revaluación masiva de las grandes divisas con respecto al dólar, Washington sigue manteniendo el postulado de la inconvertibilidad del dólar en oro o en cualquier otra divisa, proclamado por Nixon el 15 de agosto. De mantenerse esta posición, la insolvencia de los Estados Unidos, cuyas deudas exteriores representan diez veces el volumen de sus haberes, quedaría erigido en un dogma que haría de una moneda insolvente como el dólar, el patrón del sistema monetario mundial. Lo cual equivaldría a transformar la derrota económica de Estados Unidos en victoria política de primera magnitud.

A pesar de su aparente flexibilidad, que no es más que una medida puramente táctica, los americanos tratan de hacerles pagar a sus aliados la eventual devaluación del dólar al más alto precio. Y John Connally, no en vano reputado como uno de los mejores jugadores de póquer de Tejas, sabe muy bien hacer que monten las apuestas, mientras reserva para Nixon el generoso cometido de brindar, en la última fase de las negociaciones, las concesiones definitivas que faciliten el compromiso.

Mientras tanto, ante la magnitud de los sacrificios económicos exigidos por los norteamericanos, y a los que añaden una serie de reivindicaciones de orden comercial (1), Giscard no ha tenido que esforzarse demasiado para atraer hacia su causa a los ministros de Hacienda del Mercado Común, Gran Bretaña y Japón: la solución del litigio económico no debe redundar en exclusivo beneficio de los Estados Unidos, sino que ha de ser fruto de un equitativo arbitraje entre los diferentes intereses en juego. Por lo demás,

(1) Medidas a favor de las exportaciones agrícolas estadounidenses a Europa, tarifas especiales para los productos norteamericanos dentro del área del Mercado Común.

como dijo en el palacio Orsini el ministro francés de Finanzas, caso de fracasar las negociaciones en curso, todos los países occidentales se verían afectados al quedar bajo la amenaza de una recesión de gran magnitud y de consecuencias imprevisibles.

Punto de vista este compartido por la mayoría de los ministros de Hacienda. Así, el ministro italiano Ferrari-Agradi, actual presidente del Consejo de Ministros del Mercado Común, ha amenazado a los Estados Unidos con la aplicación, por parte de los europeos, de una serie de represalias caso de que aquéllos no se mostrasen más razonables. En un momento particularmente tenso de la conferencia del palacio Orsini, Ferrari-Agradi suscitó la idea de crear una privilegiada zona monetaria europea que se convertiría en rival de la del dólar.

Sin llegar a esos extremos, el ministro alemán de Finanzas, doctor Karl Schiller, se reconcilió manifestando con Giscard d'Estaing, al que anteriormente se había opuesto con ocasión de la conferencia del F. M. I. celebrada en Washington. Invitado por John Connally a una reunión privada para poner al unísono los respectivos violines germano-americanos, el doctor Schiller puso como condición que aquélla se celebrase en presencia de Giscard d'Estaing, Connally, Schiller y Giscard d'Estaing se fueron, pues, a tomar café a la Embajada de Francia en Roma.

¿Acaso no hay ya problemas entre París y Bonn? Las conversaciones que Pompidou y Brandt celebraron recientemente en el Eliseo permitieron una aproximación en una serie de puntos importantes (Mercado Común agrícola, concertación entre Bancos centrales, problemas de las respectivas paridades del franco, el marco y el dólar). El canciller Brandt es consciente del daño que la política económica unilateral

del marco flotante ha hecho a la economía de su país, a las relaciones franco-alemanas y al Mercado Común en general. Ahora anuncia una revisión de su política económica.

Nixon quiere que se llegue cuanto antes a un acuerdo económico a escala mundial, y a ser posible durante la reunión del grupo de los «Diez» en Washington, los días 18 y 19 de diciembre. El Presidente norteamericano necesita este acuerdo por múltiples razones:

— Después de la reunión de Roma, la especulación contra el dólar corre el riesgo de convertirse en una especie de mar de fondo que podría destruir lo que aún queda del sistema monetario internacional.

— En el plano diplomático y estratégico, la crisis económica provoca disensiones entre países occidentales, que necesariamente perjudican a la seguridad de los Estados Unidos. Un acuerdo permitiría a Nixon presentarse en Pekín a finales de febrero como líder indiscutible del conjunto de potencias capitalistas.

— En el plano interior americano, la solución de la crisis es ya un deseo de los medios financieros, que preconizan abiertamente la devaluación del dólar. Tal es el tributo que ha de pagar Wall Street a cambio de su recuperación, tan necesaria a un año vista de las elecciones presidenciales.

Para llevar a cabo este acuerdo monetario hay que reconciliarse con Francia, o por lo menos vencer su oposición. En las Azores, Nixon tratará de ablandar a Pompidou, lo cual no ha de resultar demasiado difícil. En efecto, Nixon dispondrá de un amplio margen de maniobra, ya que las exigencias formuladas hasta la fecha por su secretario del Tesoro, Connally, son tan duras que permitirán al Presidente simular que hace importantes concesiones sin tener que ceder demasiado.

Pero si, por el contrario, Pompidou se muestra intratable, Nixon tratará de dividir la oposición internacional frente a la política económica de los Estados Unidos, catalizada por Francia, en las reuniones que han de celebrarse posteriormente con Heath, Brandt y el japonés Sato.

En Roma, los «Diez» han aproximado entre sí sus respectivos puntos de vista. En París, Pompidou y Brandt han reanudado el diálogo. Pero aún nos falta mucho para llegar al total saneamiento del sistema monetario mundial. El camino puede deparnos todavía muchas sorpresas. ■ J. M.

CONNALLY

al atentado que costó la vida al Presidente Kennedy, y desde aquel momento debió de pensar que le estaba reservado un destino nacional: Gobernador de Tejas, defendió fielmente los privilegios de sus amigos petroleros, dejando un mal recuerdo entre los obreros de su Estado. Ahora se ha convertido en el brazo derecho de Nixon. Si este gigante de sienes plateadas consigue encarrilar la economía americana por cauces de expansión, asegurará la reelección de Nixon y hasta es posible que en 1976 él mismo aspire a la Casa Blanca. En cambio, su fracaso podría arrastrar a Nixon a la derrota, en cuyo caso Connally tendrá que retirarse a Tejas.

Esto es lo que, en parte, explica su intransigencia frente a japoneses y europeos: lo que es bueno a corto plazo para América es al mismo tiempo favorable para la carrera de John Connally. ■ CHRISTIAN JELEN.